

***Lectio Brevis* 2024**

Las emociones como vínculo: orientación y vida universitaria

Muchas gracias, Fer.

Buenas tardes a toda la comunidad universitaria. A quienes nos acompañan hoy en este auditorio —autoridades, profesoras, profesores, estudiantes, personal de apoyo— y también a quienes nos acompañan a distancia.

Agradezco mucho la invitación para compartir estas palabras que inauguran el ciclo escolar 2024-2025.

Es una fecha importante para el ITESO porque hace 50 años se promulgaron nuestras Orientaciones Fundamentales. Un documento breve, pero muy profundo que enuncia los aspectos esenciales de nuestra identidad, del rumbo hacia el cual se mueve nuestra comunidad y del horizonte que anhelamos.

Preparé esta participación teniendo ese contexto en mente. Y pensando sobre todo en nuestra comunidad de estudiantes. No he querido hacer una exposición ni una explicación detallada de las OFI (como solemos llamarlas), ni de su historia. Más bien en estas últimas semanas he querido preguntarme, de manera honesta, qué nos dicen hoy esas orientaciones; qué caminos nos invitan a transitar; qué sentido nos siguen dando.

Y esas preguntas me han llevado a algunas reflexiones que he organizado en tres pequeños apartados que son los que estructuran esta *lectio brevis*: el primero sobre el concepto de *orientación vital*; el segundo sobre algunos aspectos puntuales de las orientaciones del ITESO; y el último sobre las *emociones* —y su dimensión ética y política— por la enorme relevancia que tienen en el tejido que somos.

Vida humana y orientación

La primera reflexión es entonces sobre la palabra *orientación* (y su contraparte, la palabra *desorientación*). El título de las OFI es muy significativo; no sólo declara que en su contenido hay *orientaciones*, sino que esas orientaciones son *fundamentales*. Orientaciones quiere decir que marcan el sentido y el rumbo; y fundamentales significa que sirven de soporte —que son el cimiento en el que esta comunidad se apoya y desde el cual se construye—.

Y, sin embargo, es más o menos evidente que la época que estamos viviendo es una época sobre todo de desorientación. Hay mucha inquietud e incertidumbre respecto del futuro en un mundo que a veces parece que se nos desmorona. Y el piso en el que nos apoyamos para vivir, para hacer frente a los distintos problemas —ambientales, sociales, de desigualdad en nuestras relaciones— parece que se nos tambalea. Tal vez la palabra *crisis* sea una de las que mejor describe nuestra situación actual. Es una palabra que significa, literalmente, que algo se divide, se rompe.

Las respuestas creativas que demos a estos *tiempos de desorientación* deben construirse política y socialmente. Pero también puede resultar revelador identificar que en nuestra propia configuración humana hay raíces que nos ayudan a comprender mejor esa desorientación. Porque en el modo mismo en que estamos hechos los humanos late una fuerte carga de incertidumbre. Los seres humanos no somos los seres que sabemos, sino los seres que no sabemos. Y aunque a lo largo de la vida vamos conquistando algunas certezas y asideros, ese sustrato de desorientación permanece en nuestro fondo, conformándonos.

Ese hecho puede sustentarse teóricamente. Pero basta mirarnos con honestidad a nosotros mismos para notar que la vida humana, en su raíz, es problemática y que nos exige desde su inicio —al no tener una orientación fijada— hacer un esfuerzo para orientarnos.

Quiero decir que lo que marca nuestra vida desde su comienzo es la desorientación, y no la orientación. Los seres humanos nacemos sin saber siquiera cómo ser hijos, cómo ser padres, cómo ser amigos, cómo ser pareja. Más aún, si dirigimos la atención al inicio de la vida, vemos que la desorientación es tan profunda que alcanza incluso a los actos biológicos aparentemente más simples: la alimentación, el movimiento, la expresión, el resguardo. No podemos compararnos con la perfección biológica de los animales no humanos quienes, al nacer, se ajustan a su vida y a su entorno [a menos, claro, de que los humanos irrumpamos en ese proceso, alterándolo]. Nosotros carecemos de ese ajuste. Más bien nuestra condición es la de ser seres desajustados —y por eso podemos también desajustar el mundo—.

Los seres humanos somos, pues, los animales desorientados. Somos seres más cercanos a la duda que a la certeza. Y en ese sentido podríamos decir que la duda nos humaniza; que no es la certeza, sino la incertidumbre lo que llevamos tatuado de origen y lo que nos hermana. Tal vez por eso, en los momentos específicos en que decimos estar en crisis —con todo el dolor que supone que la vida se nos rompa un poco más— se nos presenta también el privilegio de ver con más claridad el relato que la compone, sus fisuras y sus posibles reparaciones. Es decir que, cuando estamos en crisis, desde una perspectiva algo se rompe; pero, desde otra, algo nace.

Esa es la situación vital más básica de los humanos: la de no saber qué hacer o, en el fondo, la de no saber vivir. Los seres humanos somos los seres que no sabemos vivir. Desde las antropologías del siglo XX y las actuales ya es común reconocernos no como los seres superiores o más importantes en la jerarquía de la vida, sino al revés: como los seres inacabados, incompletos —“los animales vulnerables” como dice el jesuita Juan Masiá—. Es como si los seres humanos estuviéramos rotos —o en crisis— en una doble dimensión: rotos frente al mundo, porque no sabemos de entrada cómo leerlo y conducirnos en él; y rotos frente a nosotros mismos, porque conocernos supone un reto.

En gran medida ese es el supuesto de la educación —no sólo de la educación universitaria, sino del dinamismo entero de la formación humana, que de hecho nunca termina—: la constatación de que los seres humanos somos seres rotos o incompletos y que habremos de irnos completando, haciendo, reparando. Al final veremos cómo las emociones juegan un papel crucial en ese proceso.

Orientaciones fundamentales del ITESO

Voy con la segunda reflexión. Una de las implicaciones de ese hecho es que la vida de los seres humanos necesita siempre de la participación de otras personas para poder lograrse. Son ellas quienes nos van orientando en la vida; en esa vida que inicia desorientada, sin saber bien cómo ser vivida.

Otra manera de decirlo es que el primer gesto que los seres humanos experimentamos al nacer es el de unas manos que nos reciben. Unas manos que quieren que vivamos. Es decir: unas manos que nos quieren. Sin esa hospitalidad —como muestra la cita de Joan-Carles Mèlich en pantalla— no hay vida. Sin ese querer, sin ese amar, no hay vida.

En principio, las manos que participan son las más cercanas —comúnmente las de mamá y papá—; pero posteriormente también las manos de las diferentes comunidades que nos acogen y que van transformando ese inicial mundo de desorientación y ambigüedades en un territorio más legible.

Hay una bella palabra que se relaciona precisamente con ese hecho: es la palabra «tradición» que literalmente significa *entrega*. La colectividad que nos recibe no solamente nos da la vida y la empieza a orientar, sino que, además, nos entrega modos de vivirla.

Podemos decir que, en el ITESO, como una comunidad formativa, las OFI son uno de los pilares de esa tradición, de esa entrega. Y no es casual que la primera de las orientaciones que ahí se enuncian sea la *inspiración cristiana*, porque esa inspiración pone justamente en el centro esa palabra sin la cual la vida humana no sería posible, que es el amor. En la primera de las orientaciones que enuncia esta universidad se nos invita —así de simple— a querernos, a compartir la vida, a no ponernos en el centro, sino participar de una vida de servicio.

La segunda de las orientaciones del ITESO se expresa como *una filosofía educativa específica*. Y los rasgos de esa filosofía parten precisamente del supuesto que ya he compartido con ustedes: el hecho de que los seres humanos, al ser seres incompletos, nos tenemos que ir haciendo. La educación, para el ITESO, es precisamente ese dinamismo a partir del cual las personas nos vamos haciendo, nos vamos moldeando juntas y reparándonos, para hacernos mejores y para mejorar los vínculos que tejemos con los demás y con el mundo. Y ese dinamismo se activa no sólo con la transmisión de saberes, sino acompañándonos para saber habitar las dudas con serenidad, plantear preguntas, descubrir y afirmar respuestas —aunque sean provisionales— contrastarlas, discernirlas y actuar.

Y todo ello en el horizonte más amplio de un compromiso: el de construir una universidad para la justicia; una universidad que contribuya a ir ajustando la vida y el mundo. Y esa construcción supone un gesto personal y común de enorme valentía: una actitud de revisión constante de nosotras y nosotros mismos —como personas y como comunidad— para no quedar fijados y para que nuestra acción siga siendo transformadora. Esas son las orientaciones que nos aporta el ITESO desde hace 50 años.

Emociones como vínculo

Cuando asumimos nuestra condición de seres desorientados que se disponen a orientarse, solemos desatender un aspecto de la vida humana que quisiera reivindicar en esta tercera y última reflexión. Se trata de las emociones.

Generalmente se cree que, para orientarnos, el atributo fundamental que tenemos los humanos es la inteligencia o la voluntad. A veces incluso suele decirse que hay que hacer las emociones de lado, como si fueran estorbos. Incluso en grandes tramos de la historia del pensamiento las emociones han estado efectivamente relegadas. Con frecuencia se les ha pensado como accesorias respecto a otros atributos que sí supondrían la —entre comillas— *grandeza* o *fortaleza* de los seres humanos: como la razón. Sin embargo, las emociones también son uno de nuestros constitutivos esenciales.

Las emociones atraviesan los aspectos más fundamentales de nuestra vida, aquellos que están siempre presentes en nuestra experiencia y en nuestro contacto con el mundo: por ejemplo el cuerpo, el tiempo y el espacio.

En cuanto al cuerpo, el cuerpo no se vive más que sintiéndose; no hay forma de sentir ninguna emoción más que corporalmente; el cuerpo no es solamente un repositorio o un contenedor de las emociones, sino que en sí mismo es emotivo. O, dicho desde otra perspectiva, las emociones sólo son emociones cuando se les da cuerpo —cuando se las incorpora—.

A propósito del tiempo, las emociones modifican constantemente nuestra vivencia temporal —y también viceversa: el tiempo modifica constantemente nuestras emociones—: no es lo mismo vivir con prisa que con lentitud, y hay emociones que son más acordes con la demora (como la ternura o la espera) y otras que son más acordes con la prisa (como la ira o la ansiedad). De ahí el peligro que supone la manera en que en nuestra cultura hemos privilegiado la velocidad a la lentitud. Las emociones y el tiempo se modulan mutuamente. Que el tiempo se paralice o fluya, se expanda o se reduzca, depende de las emociones.

Y en cuanto al espacio, todos los lugares que habitamos están *cargados* de emociones; estamos unidos emocionalmente a ellos: en unos nos sentimos como *en casa*, y en otros más bien expulsados. Una ventana, un árbol con una banca, una piedra en un jardín... pueden bastar para alegrarnos; mientras que un cancel o una barda nos distancian y comprimen.

Por ser una lección *breve*, es difícil hacer precisiones o matices que serían buenos. De hecho, estoy utilizando la palabra emociones como sinónimo [aunque no lo sea] de sentimientos, afectos, estados de ánimo, o temple. Pero en una caracterización general, podemos decir que toda esa esfera humana se trata de los *modos en que habitamos el mundo*. Es decir, que los seres humanos no sólo estamos en el mundo, sino que nuestra estancia en el mundo está modalizada, tiene formas, maneras de vivirse. Cada emoción es un modo de estar. Y son también *juicios o tomas de posición* ya que las realidades que vivimos nunca se nos presentan como *neutrales*, sino que, frente a ellas, respondemos con emociones: algo nos alegra, otra cosa nos hace enojar, cierta situación nos entristece, alguna realidad nos indigna, etc.

Así pues, las emociones tienen un carácter relacional; son formas de relacionarnos con el mundo y con nosotros mismos. Y en el caso humano tienen una particularidad más: *se construyen*. No venimos de nacimiento con una dotación específica de emociones, ni mucho menos con un manual para saber cuándo y cómo “utilizarlas”. Hasta en este aspecto aterriza la desorientación radical de la que hablaba al principio: no sabemos sentir, debemos aprender a hacerlo. Las emociones —además de ser el tono de la vida— son construcciones culturales, sociales, políticas y lingüísticas.

Reconociendo esa relacionalidad —esa ambientalidad— de las emociones, hay una pregunta que resulta particularmente interesante: ¿dónde están las emociones? Generalmente se ha pensado que las emociones están *adentro* —antes se creía que residían en el alma, o en el corazón; luego en el cerebro, o en la mente—. Y es cierto que cuando vivimos las emociones —es decir, siempre— podemos reconocerlas como si estuvieran *dentro* de nosotros (muy enlazadas, por ejemplo, a nuestra respiración o a la tensión de nuestros músculos). Pero también es cierto que las emociones pueden vivirse como si fueran ellas mismas entidades habitables: espacios en los que podemos entrar y residir... como si más bien fuéramos nosotros quienes habitamos en la tristeza o en la alegría, en el enojo, en la ansiedad, en la angustia, o en la felicidad.

Sin embargo, los estudios más actuales nos llevan a entender que las emociones no están ni adentro ni afuera, sino *entre*. Que las emociones son el *vínculo* entre las personas, así como el vínculo entre el cuerpo y los lugares. Es lo que en la fenomenología se le llama la *intencionalidad* de las emociones: que las emociones son siempre emociones-de o emociones-por. La alegría es siempre alegría por algo; el miedo es siempre miedo hacia algo; el enamoramiento es siempre enamoramiento por alguien. La alegría, el miedo, el enamoramiento están *entre* la persona que los siente y la realidad que los suscita. Cuando decimos que amamos a alguien, no es que el amor esté muy dentro... está entre las personas que se aman.

Volviendo a esa figura a la que aludía al principio —de los seres humanos como seres incompletos o rotos— la filósofa Sara Ahmed desarrolla la idea de las emociones como un *pegamento* que se adhiere tanto a las personas como a los objetos. En ese sentido, las emociones tienen una clara dimensión política... Problemas que a veces creemos que son individuales —ansiedad, angustia—, no lo son del todo. Es la manera en que respondemos al mundo. Y por eso la llamada “gestión de las emociones” no debe ser una *gestión personal*; no es que una persona se tenga que hacer cargo —desde su soledad, desde su “autonomía” como sujeto— de lo que siente. Si el país se nos está rompiendo —si la violencia escala y se normaliza— entonces resulta comprensible que vivamos con miedo y angustia. O, dicho de otro modo: parece más o menos absurdo que respondamos con felicidad, cuando la realidad es tenebrosa.

Así las cosas, las emociones son mucho más públicas que privadas. Y no solamente tienen entonces una dimensión política, sino también ética —en el sentido de que no sólo van modulando nuestra manera de estar en el mundo, sino nuestro mundo mismo, y nuestra manera de relacionarnos—.

Las emociones, así entendidas, nos permiten comprendernos —a la comunidad universitaria— como un *tejido emotivo*. Volviendo al inicio de la *lectio*: si tomamos en cuenta la desorientación en que consisten nuestras vidas, y la orientación que queremos como universidad: haremos bien en construir nuestros vínculos afectivos de manera más acorde a aquello por lo que optamos. Haremos bien en tejernos comunitariamente desde el amor al que nos invita nuestra inspiración cristiana, desde la esperanza de nuestra filosofía educativa, y desde la empatía de nuestro compromiso social.

Bernardo García González
20 de agosto de 2024